

Aunque este volumen tiene como su audiencia principal a lectores en Estados Unidos, o por lo menos lectores de habla inglesa, no debemos pensar que su enfoque es para ver un México a distancia. Nos ofrece una plataforma para observar a la nación mexicana a través de muchas perspectivas, metodologías y tradiciones académicas, y se puede leer con grandes beneficios, bien desde la cercanía a México o desde el otro lado.

Es un libro bastante ambicioso por la diversidad de temas que se abordan en sus 17 capítulos. El editor los dividió en tres apartados: medio ambiente, temas sociales y política; sin embargo, en mis comentarios quisiera resaltar la corriente histórica evidente en los textos, que es la historia de los problemas que enfrenta México y las políticas públicas que han sido adoptadas para resolverlos. Al mismo tiempo, otro hilo conductor del trabajo es la ciencia política que se hace presente sobre todo en las últimas cuatro aportaciones. Los autores constituyen un distinguido grupo de académicos, tanto de Estados Unidos como de México, que representan una mezcla de jóvenes

investigadores y académicos reconocidos en sus campos de estudio. Utilizan diferentes enfoques: mientras algunos hacen un análisis en la larga duración, otros se centran en la realidad actual. Varios de ellos presentan observaciones comparativas internacionales o regionales, otros ofrecen estudios de casos regionales y otros más abarcan a todo el país. Podemos encontrar aquí historias institucionales, económicas y sociales que vienen de distintas disciplinas y que aportan diversas metodologías para acercarse a su objeto de estudio. Existen muchos trabajos que hablan de la interdisciplinaridad, pero hay pocos como éste que logran cruzar las fronteras disciplinarias para aportar nuevas visiones sobre el pasado, presente y futuro de México.

El tema del medio ambiente está cubierto por dos grupos de artículos: tres de ellos adoptan perspectivas históricas y cuatro provienen de diferentes campos de las ciencias sociales, los cuales se dan a la tarea de revisar las políticas públicas respecto a los retos ambientales que México enfrenta actualmente. Merece destacarse el novedoso artículo de Germán Vergara, “Energía, medio ambiente y sociedad en el valle de México hasta el siglo XIX”. Es braudeliano en su habilidad de captar los grandes procesos históri-

* José Galindo (ed.), *Mexico in Focus. Political, Environmental and Social Issues*, Nova Publishers, New York, 2015, 430 pp.

cos de lo que llama “el antiguo régimen” de consumo de energía basado en los procesos biológicos, orgánicos y solares. Su visión de larga duración permite entender las continuidades entre el mundo prehispánico y los sistemas virreinales, recalcando que a pesar de todos los impactos del imperialismo biológico, el abandono de los sistemas de terrazas que impedía la erosión, la introducción de nuevos sembradíos y ganado que transformaron el paisaje y que provocó el comienzo de la desecación del sistema lacustre, el sistema ecológico del valle de México demostraba una gran capacidad de recuperación. Describe la integración de los diversos espacios ecológicos del valle que sostenían la capital virreinal. No es sino hasta la introducción de un nuevo orden energético en las últimas décadas del siglo XIX —o sea el petróleo—, cuando se experimentaron los primeros cambios dramáticos en el orden ecológico, poniendo así en duda la sustentabilidad del valle.

El trabajo de Jonathan Graham compagina muy bien con el primer artículo, al abordar la historia de los lagos del valle de México hasta nuestros días. Relata la historia del desagüe de esta región, y los proyectos de la gran ciudad para expulsar sus aguas negras al Mezquital. Logra utilizar los antecedentes de la relación de estos dos valles para reconstruir no solamente la historia del medio

ambiente, sino también demostrar el comportamiento político del Estado hacia los otomíes, desde el desarrollismo autoritario de Porfirio Díaz hasta el neoliberalismo arrogante de nuestros días (sin dejar de lado la gran experiencia del caciquismo priista). La contribución de Fernando Pérez Montesinos también toca la vida indígena, en este caso de los purépechas de Michoacán durante el siglo XIX, ante los cambios de las políticas públicas que impactaron los extensos bosques de la meseta que ocupan. Su trabajo estaría dentro de la nueva corriente revisionista que indica que la división de las tierras comunales no fue simplemente impuesta desde afuera, sino que resultó parcialmente de divisiones internas en las comunidades provocadas por el crecimiento de la población y la consecuente competencia por la obtención de recursos naturales. El otro elemento importante de esta contribución al libro es su hábil discusión de las políticas liberales que promovieron la privatización y terminaron transformando los bosques de Michoacán en durmientes de la red ferroviaria construida a partir de 1883 en ese estado.

Hay cuatro capítulos más que abordan los problemas ambientales contemporáneos. Como es evidente con la reciente destrucción de los manglares en Tajamar (Cancún, Quintana Roo), en la actualidad la biodiversidad está siendo amenazada cotidianamente

a una velocidad que, en comparación con los casos históricos arriba mencionados, es asombrosa. Resaltan las amenazas que enumeran los autores desde las regiones de los desiertos de Coahuila hasta las costas de Yucatán. Encontramos un preponderante interés en remarcar las políticas públicas que nos han llevado a estas circunstancias y en proponer proyectos para rescatar nuestro planeta antes de que sea demasiado tarde. Aquí quiero agregar dos puntos: primero, aunque todos hacen énfasis en los errores del Estado, infraestructura inadecuada, incentivos erróneos, etc., llama la atención las observaciones del capítulo seis donde José Antonio Guevara García y Virginia Montiel Corona notan que la crisis de la basura es también producto de la cultura de consumo, dando el ejemplo del refresco y el hábito de los consumidores de tirar sus botellas donde les venga en gana. O sea, el Estado y las corporaciones no son los únicos responsables de estas catástrofes. A pesar del panorama bastante gris que relatan los autores del volumen, también muestran cierto optimismo. Por ejemplo, el estudio de los mares de Yucatán establece que, no obstante las amenazas que enfrenta la biodiversidad marítima, la creación de las reservas ecológicas ha servido para conservar una gran variedad de peces.

El apartado sobre los estudios sociales retoma la historia de tres diferentes temas: la historia obrera de la industria

textil, la historia del agua y la historia social de las asociaciones civiles desde la década de 1920 hasta la de 1970. José Galindo describe atinadamente el impacto de la evolución de las leyes laborales —y, yo diría, de la cultura del “piso de la fábrica”, o sea, los usos y costumbres de los obreros en sus fábricas— sobre el desarrollo o, mejor dicho, subdesarrollo de la industria textil. Este autor adopta el método de un estudio de caso, mientras Mikael Wolfe se acerca a la cuestión de los derechos del agua desde la perspectiva del marco legal y las políticas públicas, exponiéndonos la trayectoria que ha seguido este conjunto de derechos desde la Revolución mexicana hasta nuestras días. Describe cómo la tecnología también tuvo su repercusión sobre la expansión del ejercicio del derecho al agua y la “devolución” (o sea, la reprivatización) de los derechos públicos sobre ésta.

En un artículo innovador, David Tamayo relata el fenómeno de la expansión de los clubes sociales y de servicio que tuvo lugar de manera sorpresiva en México durante los años de la posrevolución y del “milagro mexicano”. Hace un estudio del carácter social de los clubes de rotarios, leones, etc., en Tijuana y Puebla, y propone la existencia de una sociedad civil en los años de gloria del prisma.

En la cuestión social hay otros tres ensayos sobre temas relativos a las políticas públicas recientes. Roberto

Vélez Grajales y Juan Enrique Huerta Wong ofrecen un argumento contundente acerca de los nexos entre la desigualdad y la falta de movilidad en México, demostrando que el estrato social en que uno nazca determina las protecciones sociales que se disfrutan. Hacen un llamado para remediar la situación (y yo quisiera agregar que con mucho mérito refutando a Milton Friedman) empezando con unas propuestas muy sencillas de reorientar el impuesto al valor agregado (IVA) y otros subsidios para apoyar o por lo menos dejar de perjudicar a las clases menesterosas. El trabajo de Alejandro Villagómez se relaciona muy bien con este trabajo dado que aborda la cuestión del sistema de pensiones para la vejez en México, notando en primer lugar que estamos en la cúspide de una crisis de una población en vías de envejecimiento. Como lector solamente me queda el consuelo de saber que comparto mi problema individual con todo México. El artículo relata que a pesar de las reformas al sistema de pensiones, éste no tiene la cobertura suficiente, sobre todo para las clases mayoritarias, además de que los montos de las pensiones son inadecuadas y las aportaciones son demasiado bajas para sostener al sistema. Ahí está, por ejemplo, el caso del Instituto de Pensiones del Estado (IPE) en Veracruz, cercano a los lectores de *Ulúa*, donde el saqueo de años ha provocado una crisis de solvencia

brutal de la institución que ya están sufriendo los jubilados.

Galindo, en una segunda contribución al libro, revisa las políticas de derechos humanos y la historia de las transformaciones que ha sufrido la Comisión Nacional de Derechos Humanos desde su fundación, en el contexto de un gobierno de dudosa legitimidad como fue el de Carlos Salinas de Gortari. Aunque es admirable su relato de la historia de la institución, en mi opinión lo de mayor impacto es la crítica aguda que hace del comportamiento ineficaz y politizado de esta burocracia que debería ser de primera importancia para todo mexicano. Para resumir los estudios que hemos visto hasta el momento, los mexicanos no tiene igualdad, no tienen pensiones, tampoco tienen derechos humanos y ni un vaso de agua habrá para quitarles la sed en un futuro próximo.

El libro finaliza con cuatro excelentes contribuciones sobre la política de las últimas dos décadas que de seguro serán de gran utilidad para los lectores y que ayudan a explicar los resultados desalentadores arriba descritos. El artículo de Alberto Olvera cuestiona si el regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) representa el fin de la transición democrática o el regreso al autoritarismo: tenemos frente a nosotros un texto que relata los últimos 15 años de la vida política mexicana de una manera sucinta y con

gran fluidez. Como historiador me llamó la atención la perspectiva de José Antonio Hernández Company, quien descubre las raíces del comportamiento de los partidos de oposición en sus orígenes y en distintas etapas de dominación del PRI. Gérman Stuht presenta un análisis de la producción legislativa de la transición democrática mexicana. El volumen finaliza con un ensayo de Andrew Paxman que habla del comportamiento de Televisa como un actor de peso en la política mexicana durante los últimos tres lustros, y que es muy ilustrativo en el contexto actual de la llamada “Casa Blanca” mexicana.

Hace unos siete años más o menos vine a este país para observar más de cerca mi fascinante objeto de estudio que siempre ha sido México, y llegando aquí los eventos y las realidades me han dejado tan sorprendido y consternado que creo que se me ha desarrollado un fuerte caso de astigmatismo. Pero este libro me ha servido como un buen par de gafas para corregir la visión, por lo cual les invito a leerlo no solamente aquí en México sino en “el otro lado”. Pónganse entonces los lentes para ver a México de nuevo.

Michael T. Ducey
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana